



— |

— |

— |

— |



FERNANDO
MARTÍNEZ LAÍNEZ

Escritores

007

LA CARA OCULTA DE PLUMAS CÉLEBRES



FERNANDO
MARTÍNEZ LAÍNEZ

Escritores *007*

LA CARA OCULTA DE PLUMAS CÉLEBRES

 **Atanor**
DOCUMENTOS



© Fernando Martínez Laínez, 2012
© Atanor Ediciones, S.L., 2012

Diseño e imagen de cubierta: Atanor Ediciones, S.L.
Imágenes con licencia Creative Commons

Depósito legal: M-20040-2012
I.S.B.N.: 978-84-939617-8-7

Queda prohibida, salvoexcepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

Impreso en España/Printed in Spain

Atanor Ediciones, S.L.
c/ Columela, 6
28001 Madrid

www.atanorediciones.com

Índice

Prólogo	09
Capítulo UNO. <i>Francisco de Quevedo</i>	17
Capítulo DOS. <i>Christopher Marlowe</i>	57
Capítulo TRES. <i>Francisco de Aldana</i>	75
Capítulo CUATRO. <i>Graham Greene</i>	95
Capítulo CINCO. <i>Pierre Augustin Caron de Beaumachais</i>	125
Capítulo SEIS. <i>John Le Carré</i>	151
Capítulo SIETE. <i>Miguel de Cervantes</i>	173
Capítulo OCHO. <i>François Rabelais</i>	207
Capítulo NUEVE. <i>Arthur Koestler</i>	227
Capítulo DIEZ. <i>Aphra Behn</i>	251
Capítulo ONCE. <i>Joseph Pla</i>	279
Capítulo DOCE. <i>Voltaire</i>	309
Capítulo TRECE. <i>Daniel Defoe</i>	343
Bibliografía	373



3 DAYS OF THE CONDOR

STORY BY STEPHEN SODERBERGH
SCREENPLAY BY JOHN DAHLER
DIRECTED BY JOHN DAHLER
CASTING BY VERA HILL

Prólogo

Los Escritores Espías

Desde hace mucho tiempo, el espionaje y los escritores mantienen un idilio que ha dado (y seguirá dando) al mundo muchas sorpresas. En la antigüedad, bardos y trovadores eran perfectos agentes, con libertad de movimiento y acceso a las cortes reales y los castillos señoriales.

Dicen que el primer espía literario es Ulises, cuando en la Odisea se disfraza de mendigo para conseguir información en una ciudad troyana, y quizá el mismo Homero sabía por experiencia propia del asunto, lo cual, desde luego, no está probado. Pero después de él vinieron otros muchos, el primero Herodoto, con sus viajes por países remotos, algo en lo que le emuló muchos siglos después Richard Burton, el gran explorador inglés, prolífico escritor y aventurero.

En muchos casos el idilio entre el espionaje y los literatos es amor a primera vista y duradero, y en otros el amor es desconfiado y fugaz. Espionaje y literatura tratan de convivir sin demasiado alboroto, algo obligatorio en el caso de los espías, aunque hay que decir que en esa convivencia (casi siempre desapasionado y utilitaria) los escritores suelen entrar con el pie forzado, muchas veces por motivaciones económicas, o para hacerse perdonar yerros políticos y obtener alguna ventaja (tangible o no) de la larga mano del Poder.

La mayoría de los escritores que se han visto metidos en lides secretas han tenido también como aliciente y denominador común el patriotismo, o el servicio a la propia Corona. De los escritores aquí mencionados, por ejemplo, ni uno solo fue traidor a los intereses de su país, por lo menos tal como se entendían en ese momento desde las esferas dirigentes.

Una de las principales cuestiones que suscita esta relación de pareja entre el trabajo de espía y el de escritor viene dada por el eco sobre la obra literaria. Hasta qué punto estos autores de ficción han basado sus libros en la actuación real de su trabajo como espías o hasta qué punto la han fantaseado. O dicho de otro modo: ¿ qué revelan sus libros de su actuación como agentes secretos? La respuesta, en la gran mayoría de los casos hay que buscarla en la intención última del texto, y no en el texto mismo, hasta el siglo XX, cuando el espionaje se impone como servicio profesional organizado, y el escritor pasa a ser un “cuentista” profesional. Las experiencias de espías-escritores anteriores al siglo XX apenas han dejado huella en el contenido de sus obras. Marlowe, Beaucharchais, Voltaire, Ben Jonson o Quevedo pueden ser perfectamente leídos sin tener conocimiento de ese componente biográfico oculto, pero la cosa cambia en la época contemporánea, donde algunos escritores típicamente espías, como Le Carré o Somerset Maugham, sí han utilizado su saber de primera mano del mundo secreto

para escribir obras donde tal circunstancia queda reflejada de manera evidente.

Muchas veces, sin embargo, las apariencias engañan. Hay escritores como Rudyard Kipling, Eric Ambler o Len Deighton, maestros o precursores de la literatura de espionaje, que nunca fueron agentes secretos, y no necesitaron serlo para destacar en el género. Y algunos hubo incluso, como Graham Greene, que ya habían incursionado en la materia antes de ser reclutados por el Servicio Secreto.

Durante el siglo XX , la tierra de los escritores-espías por excelencia ha sido Gran Bretaña. Quizá eso tenga algo que ver con el hecho de que los británicos han sido los auténticos inventores de la narrativa de espías, con el *Kim* de Kipling, el *Tratado Naval* de Conan Doyle-Holmes, y el *Enigma de las Arenas* de Erskine Childers, quien por cierto se vio envuelto en intrigas irlandesas y fue fusilado en 1922. Forman listado interminable los escritores que – de un modo u otro- han sido utilizados por el Servicio Secreto de ese país, y luego, siguiendo quizá un oscuro impulso, han tratado de escribir novelas relacionadas con el mundo del espionaje. Bien sea en versiones totalmente fantásticas, como es el caso Ian Fleming, el creador de James Bond, o de acongojante realismo, como ocurre con el *Somerset Maugham* de Ashenden, o el Le Carré de *El Topo*.

Tanta es la atracción que los temas de espionaje tienen en Gran Inglaterra que incluso políticos notables como John Buchan (el autor de *Treinta y Nueve Escalones*) han sucumbido a su llamada con títulos nada desdeñables. Como señala Guillermo Cabrera Infante, si la literatura de espionaje comenzó por atraer a los políticos ingleses, muchos escritores ingleses se vieron a su vez atraídos por el espionaje. Y quizá el más famoso de ellos (por lo menos hasta Graham Greene y Le Carré) fue Somerset Maugham, al que Cabrera Infante supone un representante neto del carácter inglés: capacidad de

disimulo, frialdad ante situaciones imprevistas e incapacidad pasional. Y la historia sigue.

La tendencia de los británicos a escribir, más o menos camufladas, sus experiencias como espías ha sido tan fuerte que ha llevado a algunos a publicarlas fuera de las fronteras británicas, para evitar problemas judiciales en su país de origen, ya que el personal de inteligencia británico tiene prohibido de forma estricta, algo tan obvio como revelar detalles de su actividad secreta, por lejana que haya sido.

En muchos casos, sin embargo, los escritores-espías han escrito más de la cuenta y se han salido con la suya, entre otras cosas porque al Servicio Secreto no le ha interesado exponerse a la luz y llamar la atención ante los tribunales o la opinión pública. En eso, los británicos también lo han tenido muy claro. La primera condición de un Servicio Secreto es que sea precisamente eso: secreto, lo que implica incluso negar sus existencia, algo que han mantenido contra viento y marea hasta hace muy poco, aunque ahora los tiempos hayan cambiado, y con ellos las reglas y los árbitros.

Es curioso que en España, donde ha habido escritores de enorme talla en tareas de espionaje (Garcilaso, Quevedo, Francisco de Aldana, Cervantes ...) no exista una literatura de espías destacada, y hayamos ido en ese campo a remolque de anglosajones, franceses y otros. Un accidente irremediable pese a notables intentos esporádicos.

¿De dónde viene esa tendencia del gremio literario a involucrarse en el mundo de los agentes secretos? La pregunta es muy amplia y daría ocasión a múltiples interpretaciones. Yo creo que la razón de este maridaje escritor-espionaje radica en dos puntos: la personalidad enmascarada y el sentido de observación.

Toda escritura de ficción comporta el uso del disfraz. Los escritores suelen ser maestros en la falsificación de emociones que en su propia vida no sienten. El autor de ficción es un

ilusionista que enmascara la realidad, un creador de sueños, aunque estos tengan sus raíces en la materialidad del entorno. No es un mentiroso, sino un fingidor.

Toda trama novelesca es por definición ficticia e implica una declaración de fingimiento, aunque mediante esa invención podamos acceder a aspectos de la realidad que se nos revelan, mediante la literatura, con más exactitud que con otro tipo de ciencias llamadas “exactas”. Es lo que Vargas Llosa ha llamado «la verdad de las mentiras». Ciertas verdades, como anota Javier Marías, no se pueden conocer si no es a través de la vía del fingimiento, la metáfora o el disimulo, « de su presentación como ficción o invención, de su mera huella». Desde esa perspectiva, el espía y el escritor tienen el denominador común de la duplicidad. Tanto el escritor como el espía llevan dos vidas. Una la que ve todo el mundo, y otra la que refleja su trabajo oculto. En el caso del escritor la vida real va unida a la de la creación literaria (que es un proceso solitario y oscuro) y en el del espía, va ligado a la información que obtiene por medios furtivos, y que permite descubrir lo que de otro modo permanecería invisible.

La personalidad dúplice y esquizofrénica del escritor tiene muchas veces su equiparación en la del espía, obligado a soportar el peso de una doble vida y a ocultar permanentemente sus verdaderos sentimientos. Si el espía se esconde detrás de su disfraz, de su “leyenda”, los escritores suelen ocultarse en sus obras, depositando en ellas las huellas de su auténtica naturaleza, sus señas de identidad reveladas con mayor autenticidad que en las declaraciones de cara a la galería. En su versos, novelas o relatos, codifican mensajes privados de su verdadera personalidad, que los lectores o los estudiosos unas veces son capaces de descifrar y otras no.

El otro elemento de similitud entre espías y escritores es el don de la observación. El escritor es un observador nato. Observa la vida o sus propias fantasías, pero siempre está en

trance de observar, independientemente de que luego sea capaz de transmitir al papel con mejor o peor fortuna literaria ese escrutinio. Sin análisis del entorno, sin observación y reflexión no hay literatura digna de ese nombre.

Y lo mismo sucede con los espías. El espía es sobre todo un observador dirigido, y el escritor, un observador que se autodirige, pero ambos despliegan miradas similares sobre el mundo que les rodea, contando con la ayuda imprescindible del instinto.

Escritores y espías deben ser capaces de ordenar también las piezas sueltas de su inspección y construir con el rompecabezas una historia, fingida en el caso de la ficción, y real en el caso del espía. Ambos son descubridores o componedores de historias que luego deben “vender” o entregar a otros para que las valoren. En el caso de los escritores, sus historias interesan al lector, y en el caso de los espías, al militar, al político o a las grandes corporaciones industriales-financieras.

Todos los escritores seleccionados en este libro son nombres señeros de la literatura mundial, ninguno es autor de segunda fila o “amateur” de las letras; y todos ellos (salvo quizá Aphra Behn o Josep Pla) entraron en el juego secreto por propia voluntad. No se trata de escritores que interrumpieron brevemente sus actividades secretas para escribir, sino al contrario. Con excepción de Le Carré y Aphra Behn, fueron ante todo escritores que se desviaron temporalmente de su recorrido literario para dedicarse a obtener y transmitir información de forma oculta. Sabían mirar, escuchar y ponderar, como deben hacer los espías. Eso les capacitó para entrar, y en muchos casos salir indemnes, del turbio mundo del espionaje, después de cumplir con discreción y habilidad, y en ocasiones con valentía, lo que se esperaba de ellos.

El Autor

Fernando Martínez Láinez



*Si corpus Quevedo cupis, tibi praeſtat imago:
Si exoptas animam, corpus, opusque dabit.*

Petrus Balthus; Balthus, ſculp. Antuerpiae.

Fernando Martínez Láinez

Capítulo UNO
**Francisco de Quevedo
y Villegas**

CABALLERO DE VERSOS Y DE SOMBRAS

“No puede sustentar cosas grandiosas
aquel a quien el callar le es cosa grave.”

Francisco de Quevedo y Villegas

En el imaginario escalafón de los escritores espías españoles, Francisco de Quevedo y Villegas ocuparía, sin duda, el primer puesto, aunque ese importante aspecto de su biografía haya quedado oscurecido y disimulado por la magnitud inmensa de su obra literaria. Las andanzas secretas de Quevedo son todavía algo a desvelar, por algo fueron precisamente secretas, y han de basarse más en conjeturas fundadas que en documentación fehaciente, como ocurre al trazar el desempeño vital de cualquier espía.

Y sin embargo, la actuación en la sombra de Quevedo, como agente secreto al servicio de los intereses de España, es un capítulo esencial de su vida. Francisco de Quevedo es un príncipe de las Letras, pero también un hombre de espada, un aventurero envuelto en las vicisitudes políticas y militares de su tiempo.

Patriota de pies a cabeza, Quevedo estuvo profundamente implicado en la defensa de una Corona Hispana que trataba de mantener a duras penas su predominio en Europa, antes de empezar a rodar cuesta abajo. Fue un personaje visceralmente preocupado por los problemas que presagiaban la decadencia de un proyecto imperial, que hoy definiríamos como multinacional y paneuropeo, a punto de ser derrotado por nuevas y vigorosas fuerzas emergentes.

Enfrentado a la crisis de un Imperio que se deshace asfixiado por una crisis económico-social y religiosa insalvable, la perspectiva del desastre que se avecinaba llenó de amargura los últimos años de Quevedo, cuando desgastado y enfermo en su retiro de La Torre de Juan Abad esperaba la muerte. Poco antes, había dejado escrito su testamento sentimental en versos que dan idea de su congoja:

*¡ Ah de la vida! ... ¿ Nadie me responde?
¡ Aquí de los antaños que he vivido!*

*La Fortuna mis tiempos ha mordido
Las Horas mi locura las esconde
¡Que sin poder saber como ni adónde,
la salud y la edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.*

Quevedo nació en Madrid y fue bautizado en la parroquia de San Ginés el 26 de septiembre de 1580. Su padre, Pedro Gómez de Quevedo, fue secretario de la princesa María, hija del emperador Carlos V, y más tarde de la reina Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II. La madre, María de Santibáñez, alcanzó el puesto de dama de la infanta Isabel Clara Eugenia, la que sería Gobernadora de los Países Bajos.

Huérfano de padre desde muy joven, y con una ligera cojera por deformación de los pies, Francisco quedó bajo la tutela materna. Luego, cuando falleció María Santibáñez en 1600, su tutor pasó a ser Agustín de Villanueva, que desempeñaba en esa época el cargo de secretario del Rey y le introdujo en la Corte.

De niño, Quevedo pasó por las aulas del Colegio Imperial de Madrid, que regían los jesuitas, y luego estuvo en el colegio de la Compañía en Ocaña. A los dieciséis años comenzó estudios de Arte en la Universidad de Alcalá de Henares, donde se licenció y formó como humanista. Su biógrafa, Felicidad Buendía dice que aprendió lenguas clásicas, francés, italiano y filosofía. La misma autora señala también que Francisco fue bien acogido en la Corte, donde aún se recordaban los buenos servicios prestados por su padre en el engranaje estatal.

Cuando Quevedo tiene 18 años, muere Felipe II y España inicia una nueva y más ingrata etapa política bajo Felipe III, un monarca simple, inseguro y piadoso, a quien el gran Imperio amasado en el siglo XVI por sus antecesores le caía demasiado grande.

Abrumado por las responsabilidades heredadas y su débil carácter, el monarca dejó primero las riendas del gobierno en manos del duque de Lerma, Francisco de Sandoval y Rojas, y después en las de el hijo de éste, el duque de Uceda. Ninguno de los dos estuvo a la altura que las circunstancias exigían, y España se fue hundiendo cada vez más en el torbellino de problemas que la azotaban.

El éxito poético de Quevedo no se hizo esperar y le acompañó desde los años mozos. Con sus versos causaba admiración, pero también censuras y enemistades cortesanas que terminarían pasándole factura. Se popularizan sus romances y letrillas, y eso le otorga fama de escritor ingenioso y procaz. Conoce a Cervantes, entabla amistad con Lope de Vega y mantiene una profunda aversión hacia Góngora, con quien siempre se llevó muy mal y al que zahirió frecuentemente:

*Almorrana eres de Apolo,
por donde el dios, soberano
gracioso purga inmundicias
y sangra si está enojado*

La juventud de Francisco es agitada. Fueron años de estudio y de intensa actividad literaria combinada con amoríos y aventuras con la espada, que el poeta manejaba casi tan bien como la pluma. La preocupación por las calamidades de España, que nunca le abandonará, quedó pronto reflejada en un opúsculo inacabado: ***La España defendida y los tiempos de ahora***, dedicado a Felipe III, contra las “calumnias de los noveleros y sediciosos”. Se trata de un escrito apasionado, refutación de los ataques que España recibía tanto desde el exterior como desde «ciertos naturales que en esto se ocupan».

La reivindicación inconclusa de Quevedo muestra bien a las claras el espíritu de ardiente patriotismo que le anima en

momentos en que toda la política exterior española zozobra, aunque todavía parece haber tiempo de enderezar el rumbo. El león hispano sigue rugiendo, pese a las heridas, y aun quedan capitanes y diplomáticos influyentes en la Corte decididos a protagonizar grandes empresas dignas del pasado próximo.

HALCONES Y PALOMAS

Desde el inicio del reinado de Felipe III, la política exterior española muestra una clara división en sus postulados básicos. Por un lado están los que preconizan la línea dura para recomponer pasadas grandezas, y por otro los que prefieren el tratamiento moderado y conciliador del duque de Lerma. Los primeros piden utilizar todos los recursos de que dispone la Corona Hispana – que aun son muchos- para seguir dando la debida impresión de firmeza en el ámbito internacional, tal como se exige de una potencia que extiende su influencia por toda Europa y ha conquistado un Nuevo Mundo.

Flandes seguía siendo el talón de Aquiles del poderío español, y la tregua de los Doce Años, firmada en 1609 con los rebeldes protestantes flamencos, era considerada por muchos altos representantes de la política española como frágil, desventajosa y humillante. A esta queja añadieron el descontento por la paz de Pavía (1617), que puso fin a la guerra entre España y Saboya, pero dejaba las espadas en alto en el norte de Italia, epicentro del ejército español en sur de Europa.

A pesar de la victoria de las armas españolas, esa paz, negociada fue considerada poco honrosa por el sector militar-diplomático más “duro”, pues dejaba sin castigo los manejos antiespañoles del ambicioso Carlos Manuel I, duque de Saboya, que, apoyado por Francia y Venecia, había ocupado el Monferrato y amenazaba el Milanesado.

Un importante grupo de altos funcionarios, embajadores y jefes militares que ocupaban cargos en Italia, decepcionados por la política de componendas y cesiones del duque de Lerma, estaban decididos a actuar para poner fin a lo que consideraban maniobras claudicantes de Madrid y recuperar así el prestigio internacional español. Eran hombres como Pedro de Toledo, gobernador de Milán; el consejero Baltasar de Zúñiga; el conde de Oñate, embajador en Viena; el marqués de Bedmar, embajador en Venecia, o el duque de Osuna, Pedro Téllez de Girón, virrey de Nápoles y Sicilia.

Todos ellos estaban convencidos de que las fuerzas del calvinismo internacional, más Venecia, Inglaterra, Saboya y los holandeses, participaban de una vasta conspiración para acabar con el poderío hispano y hundir al imperio de la Casa de Austria. Ante el sombrío panorama internacional, consideraban que la mejor defensa era el ataque decidido. No rehuir el combate, sino aceptarlo abiertamente antes de que fuera demasiado tarde, mientras quedaran fuerzas y recursos para hacerlo.

Italia era el ancla del poder español en Europa, y el centro de ese poder estaba en Milán, donde permanecían acantonados los Tercios del ejército de Lombardía, que mantenía abiertos los pasos alpinos y permanecía vigilante frente a Saboya, la Confederación Helvética y Venecia. «Milán es el crisol donde se forjan todos los planes españoles en Italia», había expresado acertadamente un embajador veneciano, resumiendo la situación.

El mayor peligro para la hegemonía hispana procedía del ducado de Saboya, gobernador por el duque Carlos Manuel, que en 1585 se había convertido en yerno de Felipe II por el matrimonio con la infanta María Micaela.

Amparado por la impunidad que su parentesco con el rey Felipe III parecía proporcionarle, Carlos Manuel, resentido con España, que no le permitía agrandar su Estado, ocupó en 1613 el ducado adyacente de Monferrato, que estaba en posesión de

la casa ducal de los Gonzaga, aliada de España. Saboya contaba con el apoyo activo de Francia, que aportaba las armas, y de Venecia, que financiaba la operación.

La guerra duró tres años, y Carlos Manuel fue batido en toda regla por el gobernador de Milán, Pedro de Toledo, pero el duque saboyano salió bien librado por sus vínculos familiares con la Corona. Saboya se convirtió en el polo aglutinador de todos cuantos deseaban la expulsión de los españoles de Italia, y el duque Carlos Alberto en el adalid del incipiente movimiento nacionalista italiano. Venecia, que pretendía ejercer el exclusivo dominio marítimo del Adriático, había pagado secretamente la campaña de Saboya para apoderarse de Monferrato, y ante la eventualidad de un enfrentamiento directo con España buscó la ayuda de Inglaterra y Francia y contrató mercenarios holandeses y alemanes en gran número. En medio de este complicado juego de alianzas e intereses, fue nombrado virrey de Nápoles Pedro Téllez de Girón, duque de Osuna, que de inmediato dejó claras sus intenciones de enfrentarse a Venecia, por considerarla, justamente, principal instigadora de los enredos contra la Corona española. Contrariando oficialmente al gobierno de Madrid, que prefería evitar gastos bélicos y era partidario del apaciguamiento, el duque de Osuna desplazó al Adriático en 1616 una flota, costeada con su dinero y bajo su propio pabellón, que reforzó al año siguiente con diecinueve galeras dirigidas por Pedro de Leyva.

Venecia tembló. Su hegemonía marítima en el Adriático estaba amenazada, no solo por España, sino también por los corsarios uscoques, instalados en el territorio costero croata de los Habsburgo, y por la república de Ragusa, a la vez católica y vasalla de Turquía. En esta tensa situación el duque de Osuna vio el momento propicio de asestar un golpe decisivo a Venecia, cuyo papel en el marco internacional era claramente hostil a España y a los Habsburgo austriacos, y bloqueó con su flota el golfo Véneto.

De acuerdo con Alonso de la Cueva, marqués de Bedmar y embajador en Venecia, y de Pedro Toledo, marqués de Villafranca y gobernador militar de Milán, Osuna urdió planes de asalto (a espaldas del gobierno de Madrid, pero con el indudable consentimiento tácito del rey) en los que Francisco de Quevedo, su consejero y hombre de confianza, participó de lleno como agente secreto.

UNA AMISTAD LEJANA

Quevedo y Pedro Téllez se conocieron en los tiempos en que ambos eran estudiantes en Alcalá, donde fueron compañeros no solo de libros, sino también de riñas, jolgorios y amoríos venales. Por entonces, Téllez era marqués de Peñafiel y aun no había heredado el ducado. Algunas biografías recogen que por esos años Quevedo mató en duelo a otro estudiante, y obtuvo la protección de Pedro Téllez, quien también tenía cuentas pendientes con alguaciles y corchetes y le acogió en la finca familiar andaluza de los Osuna. Hay quien afirma, incluso, que antes de refugiarse en los dominios ducales, ambos tuvieron mañas y tratos con el hampa de Sevilla, alternando estocadas y fullerías, y llegaron a buscar cobijo en la Cárcel Real de Sevilla, con permiso del director de la prisión, por supuesto. Tanto Quevedo como su amigo eran diestros espadachines, y habían recibido clases de esgrima del reputado maestro cordobés Pedro de Carranza.

Decidido a sentar cabeza, Pedro Téllez terminó casándose con doña Catalina Enríquez y – tras permanecer recluso dos años en el castillo de Peñafiel por orden del Rey – marchó a Flandes, donde se alistó en los Tercios como soldado de a pie, aunque pronto se le concedió el mando de dos compañías de caballería y terminó adquiriendo una aureola guerrera con la

que hizo olvidar los excesos de su juventud. Más tarde solicitó el perdón real, y tras un periodo de “prueba” a las órdenes del monarca, fue elevado a la categoría de duque de Osuna al morir su padre, y consiguió en 1610 el alto puesto de Virrey de Sicilia, que consideraba acorde con sus méritos y linaje.

Mientras el duque emprendía su brillante carrera de ascensos, Quevedo regresó a Madrid, confiado en que el paso del tiempo y la protección de los Osuna hubieran dejado saldadas sus deudas con la Justicia. Pronto obtiene celebridad literaria en la Corte. Ingresó en la Congregación del Oratorio del Olivar, donde se reúnen otros destacados ingenios literarios, como Cervantes, Vicente Espinel, Lope de Vega y Salas Barbadillo, y es probable que en esas fechas fuese captado por el servicio secreto español, que dirigía con buen tino el diplomático gallego conde de Gondomar, aunque, por supuesto, no existe prueba escrita que lo acredite.

Un episodio poco precisado cambia la existencia del poeta en 1611. Al parecer, el 21 de marzo de ese año, en el día de Jueves Santo, Quevedo mató de una estocada a un desconocido que abofeteó a cierta dama en la iglesia madrileña de San Martín durante la celebración del Oficio de Tinieblas.

Algunas versiones dejan sentado que, para evadir el arresto por esa muerte, Quevedo marchó a Sicilia buscando de nuevo el amparo de su amigo el duque, ya convertido en virrey de aquella isla. Hay quien dice que aunque la muerte del agresor de la dama fue real, el incidente era una pantalla protectora, una añagaza del servicio secreto de Gondomar que permitió a escritor viajar rápido y con apariencia de fugitivo a Palermo, donde tenía cosas importantes que debatir secretamente con su amigo el duque, entre ellas avisarle de que el embajador británico en Turín, Isaac Wake, que espiaba para el servicio secreto de su país, estaba a punto de desencadenar un escándalo diplomático. Wake tenía informes de que Pedro Téllez estaba implicado en la *Conspiración*

de la pólvora, por la que fue ejecutado Guy Fawkes, al intentar volar el Parlamento de Inglaterra con 30 barriles de pólvora que no llegaron a estallar. Fawkes, realista católico, combatió como alférez de los Tercios españoles en Flandes, y había estado en España durante los dos años anteriores a la fallida conspiración. El servicio secreto español llegó a interceptar varios mensajes en clave de Wake, cuyos informes eran transmitidos al duque Carlos Alberto de Saboya.

LAS GALERAS DEL DUQUE

Quevedo llegó en 1611 a Sicilia en una galera procedente de Valencia, y en los mentideros de Madrid corrieron voces que lo señalaron como fugitivo de la Justicia Real.

El duque de Osuna recibió con todos los honores a Quevedo y le puso al corriente de la situación en la isla. Aunque hacía solo un año que desempeñaba el virreinato y Sicilia estaba en la miseria, la personalidad de Pedro Téllez ya se dejaba sentir tanto en cuestiones bélicas bélica como en el gobierno civil. Un manuscrito de entonces, citado por Astrana Marín dice: «Halló siete galeras mal armadas y reformó diez, con que en diferentes tiempos tomó muchas galeras, bajeles y bergantines de enemigos y corsarios. Aumentó considerablemente la infantería, ... limpió de socorros aquellos mares y remedió el daño de la moneda falsa, libró el reino de salteadores y ladrones, que había tantos y vivían tan impunemente que nadie se atrevía a viajar, y, en resolución, así en la paz como en la guerra procedió de tal modo, que todos conocieron y confesaron que nunca había estado Sicilia mejor gobernada.»

La visión que Téllez tiene sobre los asuntos militares y políticos de Italia es plenamente compartida por Quevedo, que considera al duque de Saboya y a Venecia enemigos declarados

de la presencia española. En el escrito *Lince de Italia u zaborí español* que en 1628 Quevedo dirige al Rey Felipe IV dice del saboyano que «siguiendo los dicitrios de Maquiavelo, pretendía edificarse libertador de Italia», pero con la muerte de Enrique IV de Francia, que le apoyaba, quedó «desabrigado y descubierto, retrujo en el parentesco de sus hijos su atrevimiento delincuente, y hallándose poco para enemigo, se volvió a ser cuñado de vuestro gran padre, nombre que guardaba para defender sus arrepenimientos...»

Pero las mayores invectivas de Quevedo van dirigidas contra los venecianos, de los que echa pestes sin rodeos. «Su destino – escribe en *Mundo caduco y desvaríos de la edad* – era usurpar al archiduque Ferdinando, ahora emperador, los puertos que tiene por aquel lado del mar Adriático para quedar con más soberano dominio en la tiranía de aquel golfo ...» Y añade que «no son soldados, sino mercaderes. Témalos vuestra alteza en la tienda y no en el escuadrón: si venden, y no si pelean. Débese hacer caso de sus chismes, no de sus armadas, porque apenas son hombres. Gente son nacida al logro, destinada al robo; viven en paz con meter a todos en guerra ..»

Con mal disimulado orgullo, en *El Lince de Italia* Quevedo resume a Felipe IV sus trabajos en tierra italiana, y obsérvese que los menciona como misiones en pro del Estado y la Corona, y no de los intereses personales de Osuna:

«Once años me ocupé en el real servicio de vuestro padre [Felipe III] ... en Italia, con asistencia en Sicilia y Nápoles, y noticia y negocios en Roma, Génova y Milán; y esto fue cuando nacía la discordia que hoy dura con señas de vida muy larga.

El ministro que seguí fue don Pedro Girón, duque de Osuna, y con él fui al cargo de Sicilia y bajé al de Nápoles. Encargóme de los parlamentos de los reinos, y

de todo lo que se ofreció en vuestro real servicio, así con la santidad de Paulo V [el Papa] como con los potentados, y en lo tocante a la restitución del mar Adriático ... Esto, señor, no es ostentarme suficiente para la pretensión, sino acreditarme ejercitado para el advertimiento; y verá vuestra majestad que catorce viajes, que por mar y tierra en vuestro servicio, no sin fruto, he hecho, han tenido más de estudio aprovechado que de peregrinación vagamunda. La dolencia, señor, es guerra, y el peligro manifiesto desta dolencia es ser guerra en Italia ...»

En el mismo escrito, Quevedo reitera que la responsabilidad del prolijo enfrentamiento en tierras italianas recae sobre el duque de Saboya, y vuelve a cargar contra los venecianos : «... mas el contagio vino de Venecia, disfrazado de consejo, y de allí se repartió el propio veneno confitado en Bohemia, que tan mal provecho hizo al Palatino [alusión a la Guerra de los Treinta Años]...» Y más adelante insiste con severidad:

«Venecia, señor, es el chisme del mundo y el azogue de los príncipes: es una república que ni se ha de creer ni se ha de olvidar; es mayor de lo que convenía que fuese, y menor de lo que da a entender; ... más dañosa a los amigos que a los enemigos, y es remedo de las paces de sus elementos ... y así su abrazo es una guerra pacífica.»

Quevedo califica a la República veneciana de «blasón de iniquidad incomparable», y advierte (estamos en 1628) de la emergencia en que se encuentra el poderío militar español en Europa, a punto de ser definitivamente derrotado:

«Hoy, señor, hemos llegado a la postrer raya del peligro y al punto desesperado. Arrojaré la pluma dentro del corazón

destos dos enemigos; que los ojos y los oídos bastan para espía en la superficie de los sucesos.»

Quevedo aporta en este escrito un análisis diplomático y militar de la situación italiana obtenido de primera mano, propio de quien conoce bien – por haber participado en ellos- los entresijos del complicado rompecabezas político en esa península. Sus años de manejos, unas veces secretos y otras discretos, avalaban el tino de unos juicios que la Corona española no debía echar en saco roto, si aun quería mantener su poder en esos lares.

MANEJANDO DINEROS

En 1613, Quevedo se halla definitivamente instalado en Sicilia, convertido en consejero y agente del duque de Osuna, con el que mantiene una familiaridad amistosa que traspasa la mera relación de señor y subordinado. Ese año Carlos Manuel de Saboya ha invadido el Monferrato, y a las pocas semanas de su llegada a Palermo, el escritor viajó a Niza, feudo de la Casa ducal saboyana, para – como dice Astrana Marín «observar de cerca al de Saboya» e intentar que esa ciudad se declare a favor de España, aprovechando la circunstancia de una revuelta contra la autoridad del duque Carlos Manuel, quien por cierto – pese a su enconada hostilidad hacia España- percibía anualmente de la Corona Hispana más de 200.000 ducados de renta, más las pingües rentas provenientes del Gran Priorato de Castilla, y del Priorato portugués de Ocrato.

En Niza, Quevedo advirtió que el mal gobierno de Carlos Manuel le había enajenado muchas voluntades, y debió de intrigar lo que pudo para enconar ese rechazo. La víspera del día de Todos los Santos, el pueblo se amotinó y acabó con la vida de

Ricardi di Piglia, el secretario del gobernador, cuyo cadáver fue arrastrado por las calles. Pero la venganza del duque no se hizo esperar. Llegó a Niza y degolló sin tardanza a los próceres de la ciudad que estaban detrás de la revuelta, lo que, por otra parte, acrecentó los deseos de los nicensés de separarse de Saboya.

Quevedo – que siguió atentamente estos sucesos- tomó nota de que el castillo que defendía Niza estaba mal provisto y poco guarnecido, lo que facilitaba un desembarco rápido de las fuerzas hispanas, pero los ánimos de la población, con las duras represalias del duque, estaban alicaídos, y nada se hizo.

La noche antes de las ejecuciones dictadas por Carlos Manuel, el escritor abandonó Niza por mar con destino a Génova. Desde allí embarcó a Sicilia, donde dio cuenta detallada al virrey de cuanto había visto y oído, así como de la posibilidad de emprender una empresa militar contra la ciudad.

Quevedo ha dejado testimonio propio en *Lince de Italia* de este episodio en Niza. Estuvo alojado en la casa de un vasallo del duque de Saboya que le notificó la determinación que tenían de entregarse al rey Felipe III por temor al castigo de Carlos Manuel por la mencionada rebelión. «Estaba entonces allí el duque – escribe-, disimulando su venganza con bailes y banquetes, que duraron hasta que llegó el príncipe Tomás, y luego degolló los más principales de aquel estado. Yo pasé a Génova una noche antes, por mar, [con] el hijo y dos hijas de mi huésped, y de todo di cuenta en Sicilia al duque de Osuna...»

El resto de aquel año, hasta la primavera de 1614, Francisco de Quevedo mantuvo un alto nivel de actividad tanto pública como secreta, bien compartiendo con Osuna la gestión de los asuntos sicilianos, o en el desempeño de delicadas comisiones para acabar la guerra en Lombardía promovida por Saboya y los venecianos.

A finales de la primavera de 1614, Quevedo emprende viaje a Madrid. Su misión, como enviado de Osuna, es conocer la

opinión que se tenía del virrey en los Consejos de Estado y de Italia, donde se despachaban los asuntos italianos, y “ablandar” voluntades cortesanas para favorecer los designios políticos del duque. Cumplimentada satisfactoriamente la comisión, el poeta regresa a mediados de otoño a Sicilia. Osuna, satisfecho le designa en 1615 embajador para llevar al rey los pliegos del Parlamento siciliano con la confirmación de todos los donativos ordinarios y extraordinarios. Cometido de suma importancia, pues suponía un sustancioso aporte de fondos, no solo para las arcas de la Corona, sino también para un buen número de personajes influyentes en los manejos del poder en la Corte.

El virreinato de Sicilia otorgaba a Felipe III, por un periodo de nueve años, la cantidad de 300.000 ducados, y otros 30.000 – para obtención de favores- al duque de Uceda, Cristóbal Gómez de Sandoval, hijo del duque de Lerma, el valido del monarca. Al propio Quevedo – mensajero anunciador de esa afortunada lluvia de dineros que Osuna derramaba sobre la Corte – se le se dieron 5.000 ducados por gajes de procuración. La cantidad se la ganó con creces culminando el encargo principal que Osuna le había encomendado: conseguirle por mediación de los duques de Lerma y Uceda el nombramiento de virrey de Nápoles para el año siguiente, cuando expiraba el término de su mandato en Sicilia. El medio para lograrlo era tan eficaz como simple: suavizar con el “poderoso caballero don Dinero” las voluntades de cuanto funcionario y personaje influyente fuera menester, pues la Corte era corrupta y la dispensa de favores estaba en almoneda. Bien lo sabía el secretario y poeta que dejó escrito en memorables versos:

*Madre, yo al oro me humillo;
el es mi amante y mi amado,
pues de puro enamorado,
de continuo anda amarillo;*

*que pues doblón o sencillo
hace todo cuanto quiero,
poderoso caballero
es don Dinero*

El cometido de Quevedo para asegurar el virreinato de Nápoles al duque de Osuna no era tarea fácil, y exigía mucho tacto y conocimiento de las sinuosidades cortesanas. Para cumplir su diplomática y fraudulenta misión, Quevedo embarcó en Mesina, en una galera que debía llevarle hasta Marsella, donde una vez desembarcado, tomó el camino de Montpellier y Toulouse para cruzar la frontera pirenaica.

La guerra religiosa entre católicos y protestantes assolaba Francia, y en los primeros días de septiembre de 1615, le detienen en Montpellier los hugonotes seguidores del príncipe de Condé, que se habían sublevado contra el rey francés y dominaban la región. No sabemos lo que Quevedo les dijo, aparte de declararse procurador del reino de Sicilia, pero el hecho es que lo soltaron a los tres días “con buenas palabras y no mal tratamiento”. Después pasó a Toulouse, donde también fue apresado y presentado en el parlamento de la ciudad, hasta que por fin consiguió de un magistrado que le dieran guía hasta Aux. Luego, entró en España y por Salas llega a Burgos, donde se hallaba el Rey, acompañado del duque de Uceda, preparando su boda con la infanta francesa Isabel de Borbón. Los cronistas de la época relatan con detalle el lujo y el deslumbrante ceremonial de los esponsales, en los que destaca el duque de Lerma, que se presentó «en una silla bordada de oro ..., con un vestido bordado de perlas sobre raso blanco riquísimo.»

Quevedo, que ha llegado a España con los bolsillos repletos de doblones de oro, escribe con amplitud al duque dándole cuenta de sus maniobras y cohechos de consejeros, altos funcionarios y oficiales para facilitarle el anhelado nombramiento. Se trata,

como escribe sin tapujos, «de untar estos carros para que no rechinen.» Juan de Salazar, secretario del duque de Uceda, recibe una sortija de 500 escudos y una cadena de oro de otros 500. También aceptan regalos fastuosos o dineros el confesor real, fray Luis de Aliaga; Andrés Velázquez, espía mayor del Consejo Secreto del Rey; y el duque de Lerma.

En una carta que dirige al duque, el escritor da cuenta de los avances en la materia que le ha sido encomendada con palabras que dejan en claro la vena corrupta imperante:

«Yo recibí la letra de los treinta mil ducados de once reales ... y como al descuido, he hecho sabedores de la dicha letra a todos los que entienden desta manera de escribir. Ándase tras mí media corte, y no hay hombre que no me haga mil ofrecimientos en el servicio de Vuestra Excelencia, que aquí los hombres se han vuelto putas, que no las alcanza quien no da.»

Hay para todos, y el emisario de Osuna se jacta de su habilidad para manejar a tanto cortesano rapaz:

«Y juro a Dios que con solo amagarles con los treinta mil no me ha de quedar hombre en pie, y que he de andar como diestro: que he de señalar las heridas y no las he de dar, porque no me han hecho por qué ... Juro a Dios que parece que hay jubileo en mi casa, según la gente que entra y sale. Más séquito tengo yo que un Consejo entero...»

La largueza de Osuna impresiona al propio Rey, que no solamente le nombra Virrey de Nápoles, sino que además accede a sus planes de hostigamiento a Venecia en el Adriático, aunque eso sí, “sin que se sepa que tenéis orden mía para ello.” En consecuencia, los barcos del duque de Osuna que navegan en

curso por aguas adriáticas y sicilianas llevaran el pabellón ducal, en lugar del real, lo que hará al virrey único responsable de todas las acciones de guerra emprendidas.

Entretanto, Quevedo obtiene del Rey, en reconocimiento por los servicios prestados, una pensión de 400 ducados, aunque de momento no se le concede el hábito de una de las tres órdenes militares (Calatrava, Santiago y Montesa) que el escritor solicitaba. Se trata solo de un aplazamiento, pues el escritor no cesa hasta ver oficialmente reconocido su deseo poco tiempo después, cuando el Rey accede por fin a otorgarle el hábito de Santiago, que para mayor solemnidad recibe de manos del duque de Uceda.

Una vez cumplido su cometido en la Corte, Quevedo regresó a Nápoles a finales de septiembre de 1616, poco después de que el duque tomara posesión, con gran pompa y alegría popular, de ese virreinato, el más importante de Italia.

Tanto para Pedro Téllez como para su amigo y confidente se abre entonces una nueva etapa más ambiciosa y arriesgada. Nápoles ofrece un teatro mucho más vasto para el talento y las ambiciones de ambos, y el duque sigue contando con la astucia y las cualidades componedoras de su principal consejero. Como refiere el biógrafo Pablo Antonio de Tarsia: «... continuó a valerse de su persona en los mayores y más dificultosos negocios de la Corona», incluyendo las materias relacionadas con la Hacienda del reino napolitano, cuyas rentas de 3,3 millones de ducados anuales superaban a las de Sicilia y Milán juntas.

Los grandes proyectos que tenía en mente Osuna confluían en el objetivo principal de asentar el dominio de España en Italia, para lo cual era necesario desbaratar la supremacía veneciana en el Adriático. Suspendida por el Tratado de Asti, en junio de 1615, se había reanudado la guerra con el duque de Saboya, a quien de nuevo apoyaban los venecianos. Pero esta vez el duque de Osuna tenía acogotada a la República Serenísima. Además de

bloquear con su reforzada escuadra el golfo de Venecia, el virrey protegía a los uscoques, los temibles corsarios de la costa dálmata, y había obligado a los venecianos a abandonar Istria y colocarse a la defensiva. El Rey, convencido por los buenos oficios de Quevedo, dejaba obrar a Osuna con la única condición de que no se supiera que tenía orden suya, como si nada tuviera que ver con el despliegue de las galeras del duque, de las que el monarca se llevaba un quinto del beneficio por las presas obtenidas.

En esta conflictiva encrucijada de intereses, Osuna decidió tantear por conducto de Quevedo la actitud del Papa Paulo V, que no parecía muy inclinado a los proyectos belicosos del virrey. Esta delicada misión demostraba una vez más que el escritor era la persona de mayor confianza del duque, el encargado de realizar aquellas tareas que el virrey no podía realizar personalmente y exigían un conocimiento profundo del juego político en Italia.

Quevedo aparece con frecuencia al lado del Duque en entrevistas y audiencias en las que se tratan cuestiones políticas y militares de altura. El escritor se ha convertido en una pieza clave de las iniciativas de Osuna, y en su emisario más importante para tratar con el Vaticano y la Corte de Madrid, que aun no se ha decidido a apoyar abiertamente las intenciones de su virrey en Nápoles.

CON LA ESPADA Y LA PLUMA

Pero el Duque se siente fuerte, y a finales de febrero de 1616 convoca al parlamento napolitano para conseguir un cuantioso subsidio destinado a engrosar las arcas de la Corona. Un venturoso anuncio que el propio Quevedo será el encargado de llevar a España.

El donativo aprobado supera las expectativas. Alcanza un millón doscientos mil ducados en dos años, con dos cantidades

adicionales. Una de 40.000 ducados para el virrey y otra de 50.000 para el duque de Uceda, además de 8.000 para las gestiones del propio Quevedo. El mismo día que se clausura el parlamento se designa al escritor emisario y portavoz del reino de Nápoles en Madrid. Pocos días después, don Francisco parte a Roma, «para informar a su Santidad sobre el apresto que hace su Excelencia [el virrey] de galeones para entrar en el mar Adriático», como recoge el diario del noble napolitano Zazzera. El viaje de Quevedo para conferenciar con el Papa y ponerle al corriente de todo, va precedido de una carta que Osuna escribe al Pontífice, dejando patente que las alianzas de venecianos y saboyanos con herejes calvinistas justifican la entrada de sus galeras en el Adriático, aunque no tenga el permiso declarado del Rey de España.

El escritor y emisario de Osuna conferenció a solas en abril de 1617 con Paulo V, quien manifestó por carta al virrey cuan grato le había sido escuchar a Quevedo, al que transmitió sus deseos de relación amistosa entre los dos Estados. El agente del duque no perdió la ocasión de recalcar al Papa la necesidad de domeñar a Venecia, cuya tortuosa política dejaba abiertas las puertas de Italia a los “herejes” de Holanda y Francia.

Tras la entrevista y una breve estancia en Roma, Quevedo regresa a Nápoles, donde se embarca con destino a Marsella. Un día antes de su partida es detenido el agente del duque de Saboya en la capital napolitana, Melchor Rouillon.

Zarpa el emisario de Osuna el 31 de mayo de 1617, con dos fragatas y portador del cuantioso donativo del parlamento napolitano, lo que presagia una travesía llena de peligros. Pero la misión no es solo política. « Dícese – anota Zazzera en su diario – que tiene encargo de efectuar el ajustado casamiento del hijo de su Excelencia con hija del señor duque de Uceda, cuyo lazo está para romperse, por otros amores que tiene aquel mozo y haber discordia grande entre los futuros suegro y yerno.»

Para más sobresalto, el servicio de espionaje español informa a Quevedo de que asesinos y espías del duque de Saboya, pagados con el oro de Venecia, le esperan en Marsella, con su retrato y señas, para acuchillarle, «juzgando que desembarcaría en aquel puerto para ir por tierra.» Pero los peligros no le amilanan. Elude la trampa y cuando llega a Barcelona, el duque de Alburquerque, capitán general de Cataluña, avisado de la situación, le escolta con una tropa de caballería hasta Fraga de Aragón.

Llegado a Madrid el 24 de julio, Quevedo informa en seguida al duque de Uceda y al confesor real fray Luis de Aliaga (convenientemente “untados” con los dineros del Duque), que le tienen ya preparada una entrevista con el Rey en El Escorial. Se trata de una audiencia secreta que duró casi dos horas, y de la no se dio cuenta ni al Consejo de Estado ni al propio duque de Uceda. Quevedo expuso al monarca los planes de Osuna en el Adriático contra Venecia, que Felipe III aprobó, aunque reservándose el derecho a desautorizar al Duque en caso de necesidad. Poco después, el Rey envía una carta a Osuna repleta de elogios hacia Quevedo, pidiendo que se le favorezca «en todo lo que se ofreciere de su comodidad», por los extraordinarios servicios que el escritor está prestando en cuestiones de Estado.

Mientras Quevedo informa secretamente al Rey y despacha los asuntos internos napolitanos en la Corte, Osuna, decidido a asestar el golpe de gracia a Venecia, no pierde el tiempo. Su poderosa armada domina las aguas del Adriático, y el 9 de noviembre se enfrenta victoriosamente a una flota veneciana de más de 70 barcos, cerca de Gravosa. Estos hechos consumados se simultanean con la defensa de la política del Duque que Quevedo lleva a cabo ante el Consejo de Italia, reflejada en un escrito que dirige a ese organismo encargado de asesorar al Rey sobre los asuntos en ese país.

«El Duque de Osuna, viendo que el Duque de Saboya en esta guerra de Lombardía, no ponía otra cosa que la mala intención, y que la gente era de Francia y el dinero de Venecia, y considerando que en la guerra la gente seguía el dinero, y que a él se reducía todo, tomó por remedio para acabar la guerra en Lombardía y desarmar al Duque, necesitar a los venecianos de todas sus fuerzas y caudal para la defensa del Golfo ... Consiguió esto inmediatamente, pues luego que los galeones del Duque de Osuna costaron el mar Adriático, tuvieron necesidad los venecianos de guarnecer las marinas y armar bajeles, con que en el Friuli debilitaron el ejército y en Lombardía desacreditaron el socorro...»

Las maniobras que Quevedo lleva a cabo en Madrid a favor de la política italiana del Duque requieren dinero, que le va llegando puntualmente desde Nápoles. Decenas de miles de ducados que Osuna le envía por canales financieros para mantener vivos los apoyos a su causa. Este capital, que el escritor administra muchas veces de acuerdo a su propio criterio, sirve no solo para regalos y sobornos, sino también para pagar los gastos de la boda del marqués de Peñafiel con la hija primogénita del duque de Uceda, que comportan no solo festejos, sino también adquisición de caballos, carrozas, vestidos, ropas y joyas. La boda, que trajo a Quevedo de cabeza durante meses, se celebró por fin el 11 de diciembre de 1617 con gran ceremonial, siendo padrinos el Rey y la Reina.

Pocos días después de los esponsales, Quevedo ingresa en la Orden de Santiago. Una distinción que le otorga el prestigio social deseado, pero que no lleva aparejada ninguna Encomienda ni beneficio económico considerable.

Los elogios del monarca y el poder e influencia que le agencian

los dineros de Osuna, propagan el rencor y las envidias sobre el escritor. Como suele ocurrir en estos casos, hay que pagar caro el reconocimiento al valor y la habilidad negociadora. Dos meses después de ser investido caballero de Santiago, se publica y difunde en Madrid un venenoso libelo en italiano, atribuido a Valerio Fulvio Saboyano, que ataca a fondo a Quevedo y desvela parte de sus andanzas secretas en Italia. Mezcla de verdades y mentiras, el panfleto del tal Fulvio pretende sobre todo dar cuenta de las secretas actividades de Quevedo y desenmascararlo como espía. A este escrito anónimo seguiría en 1618 otro titulado *Castigo ejemplar de calumniadores*, dirigido al duque de Saboya e impreso en Antinópolis, en el que se acusa al duque de Osuna de querer independizar a Nápoles, y se insulta y satiriza con saña a Quevedo, el marqués de Bedmar y el gobernador milanés Pedro de Toledo. Al escritor, incluso, se le atribuyen poderes nigrománticos para torcer la voluntad de Osuna y transformarle en animal para mejor dominarle.

LA CONJURACIÓN

Quevedo puede estar satisfecho del resultado de sus gestiones en Madrid, pero los asuntos de Italia siguen su curso amenazador. El embajador de la República Serenísima de Venecia en Madrid intriga y clama para que se desautorice al duque de Osuna, que no contento con mantener sus galeones en el Adriático proporciona a don Pedro de Toledo, gobernador de Milán, infantería, caballería y corazas para ir contra Saboya. Los venecianos construyen más barcos en Inglaterra y Holanda, y el Papa se muestra indeciso en respaldar la firme actitud de Osuna y termina declarando que lo mejor sería que éste retirase su escuadra del Adriático.

El tiempo parece jugar ahora en contra de los planes de

Osuna, que decide también rearmarse. El virrey encarga construir en Flandes doce bajeles redondos, «los más poderosos que se hallaren», y escribe al conde de Gondomar, que está de embajador en Londres, para contratar y guarnecer otros ocho en Inglaterra similares a los que se construyen con destino a Venecia, aunque el pedido no llegó a rematarse.

En Madrid, entre tanto, en el Consejo de Estado, las cosas se tuercen para Osuna y Quevedo. Los planes del virrey napolitano son considerados demasiado agresivos, y se le pide que saque rápidamente sus galeones del Adriático, y trate dar confianza a Saboya y Venecia para lograr la paz. El Duque escribe al Rey suplicándole que «no desarme sus reinos hasta asentarlo todo como conviene»⁹, pero el monarca se desentiende. El virrey alerta de que los venecianos traen de Holanda doce barcos de guerra, y se muestra reacio a emprender la retirada que Madrid le ordena, alegando que eso iría contra el servicio que debe al Rey. Así está la situación cuando Quevedo recibe el encargo de Osuna de realizar una “diligencia de gran riesgo” en Venecia.

Quevedo llega a Nápoles y desde allí se traslada a Brindisi. Las instrucciones que tiene – recibidas directamente de Osuna – son secretas y van dirigidas a promover en Venecia una insurrección que derribe al gobierno veneciano, cuya hostilidad hacia España es tan contumaz como manifiesta, a pesar de seguir abiertas las relaciones diplomáticas entre ambos países.

En el proyecto, coordinado en la sombra por Quevedo, son piezas fundamentales el ya citado gobernador de Milán, y el embajador en Venecia, Alonso de la Cueva y Benavides, marqués de Bedmar, que mantenían contacto permanente con Osuna. Ambos eran partidarios de una acción enérgica contra la república adriática. Formaba también parte de la confabulación el mercenario normando Jacques Pierre, un turbio personaje que probablemente actuaba como espía doble al servicio de España.

Jacques Pierre había servido primero al virrey de Nápoles, y en mayo de 1617 se trasladó a Venecia para informar de que el marqués de Bedmar planeaba una invasión de la capital veneciana a cargo de los uscoques y la flota de Osuna. Los venecianos reaccionaron ejecutando a unos cuantos supuestos espías, entre ellos el capitán romano Alessandro Spinosa, miembro de la guarnición de Chioggia.

Posteriormente, Jacques Pierre cambió de bando y ofreció a Bedmar un plan para apoderarse de Venecia, que fue transmitido a Nápoles, a finales de 1617, por un agente del embajador español llamado Lorenzo Nolot.

Así las cosas, Quevedo se trasladó de Nápoles a Brindisi y llegó disfrazado a Venecia, donde conferenció clandestinamente con Bedmar. En la conjura intervendrían no solo mercenarios armados reclutados por Osuna, y secretamente distribuidos por la ciudad en pequeños grupos, sino también algunos senadores y nobles venecianos descontentos con su Gobierno. La idea era apoyar la insurrección por mar, con las galeras del duque, que debían desembarcar mil quinientos soldados de los Tercios hispanos del Milanesado para terminar de ocupar la ciudad.

La fecha elegida era el día de la Ascensión, cuando en Venecia se celebraba la fiesta que simbolizaba los desposorios de la República con el mar, una solemnidad que se repetía todos los años. El ceremonial se iniciaba de mañana, con el Dux y el Senador embarcados en la riquísima galera dorada *Bucentoro*, revestida de brocado y lujosamente adornada. La nave se adentraba hasta unas quince millas mar adentro seguida de miles de góndolas con toda la nobleza, y en un punto elegido el Dux arrojaba a las olas un anillo de oro, en señal de la unión perenne de la Serenísima con las aguas del mar, garantía de la prosperidad y poderío comercial de Venecia. Después, en el palacio de la Señoría, el Senado comía en público, alardeando

de su grandeza, y en la iglesia de San Marcos se exhibían los tesoros de la ciudad. Ese día, además, para satisfacer la curiosidad popular, permanecían abiertas las Atarazanas, la Torre de San Marcos, la Casa del Senado y otros edificios principales, lo cual debía favorecer la acción de los conjurados que, confundidos entre el gentío y el bullicio general, portaban pistolas, cuchillos y espadas bajo las capas.

La armada de galeras, galeones y bergantines del duque tenía que aparecer al rayar el alba en el puerto de Calamozo, en la boca del Po. La señal para los conjurados debía darla la campana mayor de la iglesia de San Marcos, coincidiendo con la hora en que el *Bucentoro* y el Senado se hallaban en el mar, lejos de la ciudad.

Pero el Consejo de los Diez que gobernaba Venecia estaba advertido de todo y abortó el complot, gracias a su tupida red de confidentes y también, probablemente, a los informes recibidos del servicio secreto inglés.

Antes, incluso, del día previsto para la insurrección, los agentes de la Serenísima habían empezado a actuar, y eso debió de alarmar a los conspiradores, pero ya era tarde para la marcha atrás.

A mediados de mayo había sido detenido en Venecia Gabriele Montcassin, uno de los conjurados, quien bajo tortura denunció a Jacques Pierre y confesó la sublevación preparada. Algunos franceses de la guarnición de Crema fueron arrestados, entre ellos un teniente amigo de Pierre, y en la plaza de San Marcos aparecieron colgados varios implicados. Entonces comenzó una terrible persecución que llenó de sangre y cadáveres las calles y canales de Venecia. Jacques Pierre, que estaba embarcado en la nave capitana de la Serenísima, fue preso y al momento arrojado al mar dentro de un saco.

El gobierno veneciano divulgó que los rebeldes pretendían ocupar la Casa de la Moneda y el palacio ducal, incendiar la flota y el arsenal, y entregar Chioggia y Crema a los españoles.

Los calabozos del Consejo de los Diez se llenaron de presos. En la noche del 19 de mayo mucha gente fue ahorcada en la plaza de San Marcos y otros lugares. Grupos exaltados armados y azuzados por Meser Grandes, el jefe de la temida policía veneciana, invadieron y saquearon a la luz de las antorchas los domicilios sospechosos, acuchillando a sus moradores y arrojando los cadáveres a las oscuras aguas de los canales. La mansión del embajador Bedmar fue cercada y apedreada por las turbas, aunque el cordón de soldados del Arsenal de la Serenísima que la protegía impidió el asalto.

Por todas partes se buscó a Quevedo, a quien se consideraba instigador principal de la conjura, para matarle en el acto, pero el español se esfumó ante las propias narices de sus perseguidores, que no pudieron dar con él.

La versión generalmente aceptada y más extendida apunta que el agente-escritor, disfrazado de pordiosero, se colocó al frente de uno de los grupos que le perseguían para matarle, profiriendo gritos de venganza y exterminio en el más perfecto dialecto veneciano. «No sospecharon – dice Luis Astrana Marín – que fuese extranjero... Por milagro salvó la vida... Entre ayes de moribundos, gritos de verdugos y blasfemias de sicarios, abandonó la ciudad y llegó sano a Nápoles».

Dos de los cronistas más cercanos a estos hechos, el biógrafo Pablo Antonio de Tarsia, y el sobrino del poeta, Pedro Alderete, describen la fuga veneciana de Quevedo en términos semejantes. Tarsia dice que «en hábito de pobre, todo andrajoso, se escapó de dos hombres que le siguieron para matarle, los cuales, aunque estuvieron con él, supo encubrirse con tal arte, que no fue conocido, cayendo la desdicha sobre dos compañeros que quedaron presos, y después, por mano del verdugo, fueron ajusticiados. Y siempre que entre amigos hizo memoria deste suceso, usaba de tal prudencia que lo más que se le oía decir era motejar a los que le buscaban de descuidados.»

En cuanto al mencionado Alderete, en *Las Tres musas últimas castellanias* comenta que Quevedo se ofreció al duque de Osuna para ir a Venecia «a tratar algunas cosas acerca de componer las disensiones que aquel reino tenía con venecianos, conociendo que esto cedía en utilidad del bien público, disfrazado hizo la diligencia con gran trabajo y riesgo de su vida.»

De acuerdo con estos testimonios parece fuera de duda la presencia de Quevedo disfrazado en Venecia, lo que implica su actividad clandestina en la aciaga conjura que algunos atribuyen a “una escandalosa jugada diplomática” de los venecianos para justificar la alarma en la Corte hispana, y frenar la decidida actividad naval de Osuna en el Adriático.

Años después, el propio Quevedo narró todo lo ocurrido al rey Felipe IV, pero ya las circunstancias políticas habían cambiado, y es posible que el escritor, marginado por sus tratos con Uceda y su amistad con Osuna, no dijera toda la verdad. Según sus palabras, Jacques Pierre había sido un espía provocador de los venecianos, utilizado para el montaje de una conjuración amañada. Pero, ¿cómo explicar entonces la cruel muerte que los venecianos le dieron?

«Por orden de la República de Venecia—escribe Quevedo—, su residente en Nápoles compró con dineros y llevó a su servicio a dos franceses que estaban en el del duque de Osuna: el uno de llamaba capitán Anglade, petardero, que había servido al Duque de capitán en sus galeras de Sicilia ... El otro francés es Jacques Pierre, llamado “el bornio”, corsario, bandido con pena capital de la propia República de Venecia. Estaba haciendo gente de levante en Roma por dicho Duque de Osuna, y desde Roma, inducido y perdonado y pagado de venecianos, se huyó del servicio de su Majestad con cuatrocientos ducados que se le habían dado por dicha leva, y se fue a Venecia.

De esta suerte empezaron sus estratagemas venecianos de que el Duque hizo poca cuenta, sospechando semejante modo de guerrear.»

PENAS Y OLVIDOS

La conjura ha fracasado, y como es lógico en tales casos hay que cubrirse las espaldas y negar la intervención de los implicados, sobre todo cuando no se cuenta con la explícita aprobación del gobierno de Madrid, que puede verse metido en un grave conflicto diplomático no deseado.

El 25 de mayo, el embajador Bedmar se presentó ante las autoridades venecianas para dar su versión de los hechos. Aunque admite haber incitado a la desertión de los mercenarios franceses y alemanes de la República, e incluso haber sido informado de proyectos subversivos, niega cualquier actuación. La Serenísima pide a España su inmediata destitución, que le es concedida. Madrid designa a Bedmar embajador en Flandes, pese a que en los círculos españoles se considera que todo el asunto ha sido invención de los venecianos para distraer la atención del acercamiento de la República a los turcos, y neutralizar la amenaza del virrey de Nápoles. Con fecha 2 de junio, Bedmar escribe a Pedro de Toledo, el gobernador de Milán:

«Con esta revolución o conspiración que así llaman, quiere este vulgo que sea el autor el señor Duque de Osuna, y yo el ministro; que es cosa tan ajena a la verdad, a lo menos en cuanto a mí, que jamás ha habido entre nosotros dos una sola palabra sobre ella; ni era plática para entrar en ello sin orden de su Majestad y mucho fundamento. Y muchos prudentes y aficionados al servicio de su Majestad me advierten cada día el peligro en que se

está aquí de algún mal hecho popular, y más si hubiere algún reencuentro con la armada de Nápoles, como podría suceder fácilmente de una hora a otra.»

Tampoco en Nápoles se atribuye responsabilidad española a los hechos. Los sucesos de Venecia se imputan a la traición de algunos mercenarios franceses que deseaban pegar fuego al arsenal, y acabaron ahorcados de los pies o en galeras. «Y de aquí – dice *Zazzera* en su diario- han tomado ocasión los venecianos para coger una de nuestras naves cargadas de sal, matar sesenta personas que dentro estaban y dar a su Excelencia [el duque de Osuna] mucho dolor y pena con ello.»

Previendo el peligro que Bedmar corre en Venecia, Pedro de Toledo le pide que se reúna con él en Milán “por la posta y a toda prisa.” Bedmar accede oportunamente. Llega a Milán el 19 de junio, justo cuando los galeones de Osuna acaban de obtener una nueva victoria sobre la flota veneciana en aguas de Zara, y la ira del populacho veneciano se desborda contra el embajador español.

Entretanto, enterada la Serenísima de que Quevedo ha conseguido escapar de la ciudad y arribar a Nápoles, quema su efigie en la plaza de San Marcos. Osuna aconseja a su consejero que parta inmediatamente a Madrid, pues ya presiente la tormenta que levantarán las quejas de la República ante la Corte de Felipe III, y necesita que su hombre de confianza las contrarreste. No se equivoca. La llegada del escritor a Madrid coincide con la de un correo de la República, y el embajador veneciano Gritti se presenta ante el rey con una carta presentando los hechos a su manera, y pidiendo con insistencia que Bedmar sea sustituido. Ese mismo día, el Consejo de Estado ordena a Quevedo que se presente para explicar los pormenores de la conjura. El relato del escritor, del que queda constancia documental, bien podría servir de argumento a una fantástica novela de capa y espada.

Según cuenta Quevedo, los venecianos enviaron a dos agentes franceses para quemar en el puerto de Nápoles las naves del virrey. Pero fracasaron en su intento y huyeron. De eso se enteró Quevedo cuando regresaba de entrevistarse con el Papa en Roma, y avisó al duque, que mandó perseguir a los huidos. La justicia los alcanzó en Capua, pero cuando iban a ser presos se arrojaron de unas ventanas a gran altura, y uno de ellos (vizconde par más señas) se rompió las piernas. Ambos, sin embargo, pudieron ser llevados a Nápoles y encarcelados, lo que dejó al descubierto la mala intención de los venecianos.

Quevedo señala también que los dos agentes apresados manejaban una red de traidores al duque de Osuna que informaba a Venecia de los designios del virrey, y que luego- “por que los venecianos les adelantasen el sueldo”- dijeron que aquellos traidores eran espías del duque.

«De manera que – expuso Quevedo al Consejo- hasta ahora lo que es cierto es que la bajeza de los medios con que han querido ejecutar la mala intención, está de su parte; no habiendo tenido el duque de Osuna necesidad, para romperlos, de otros medios que los galeones y galeras con que lo ha hecho.» Y termina su alegato recordando que hace unos años, también en el día de la Ascensión, un enemigo del Dux estuvo a punto que quemar la nave Bucentoro con todo el Consejo de los Diez, y que «no habiéndose quejado el duque de Osuna de la demostración tan pueril con que el día de San Pedro pasado le quemaran la estatua; ni don Alonso, marqués de Bedmar, de que le apedrearán y querían matar tan vilmente, no es justo dar crédito a quejas de gente que se precia de estas cosas, por las que hubiera merecido castigo.»

La exposición de Quevedo, que lleva fecha de 26 de junio de 1618, no termina de convencer a un Consejo de Estado que, aunque dividido en sus opiniones, se muestra de acuerdo en que

Bedmar no vuelva a Venecia y pide al escritor otro informe, que éste remite sin tardanza. Quevedo repite en la nueva declaración que hasta que el duque de Osuna no metió sus bajeles en el mar Adriático, el duque de Saboya, con el socorro de Venecia, «iba poniendo en última desreputación las armas de España y recobrando lo que le habían tomado». La entrada de los bajeles de Osuna en el Golfo debilitó a Saboya, fortaleció a Milán, amedrentó a Venecia y «lo más considerable: acreditó la monarquía de su Majestad, que ellos publicaban a gritos por impotente y fallida.» Destaca también Quevedo – y era verdad –, que Osuna, además de socorrer a Milán con cuatro mil hombres y mil caballos, hizo la guerra abiertamente a Venecia, «cosa que no ha cabido en otro corazón.» Los sucesos – termina el escrito en tono de queja– son sabidos y aun perduran, y «hubieran crecido si quien los empezó los prosiguiera.»

En cuanto a la conjuración de Venecia, Quevedo responde que el duque no ha tenido necesidad de tal sedición, pues ha reducido a los venecianos «a estado tan miserable, que han procurado defenderse con las bajezas referidas, y, viendo que no han podido, se quieren vengar con mentiras y enredos ... Yo no sé nada por carta del duque mi señor de este levantamiento; pero aseguro que ni puede haber hecho ni pensado cosa que no sea en gran reputación de su Majestad y servicio suyo y seguridad de sus reinos.»

Una vez removido Bedmar, Venecia, con la ayuda de los enemigos de Osuna en la Corte, y empleando dineros y calumnias, fue encrespando los ánimos contra el virrey de Nápoles. Se le acusó de querer independizarse de la Corona y de abusos de poder, y los agraviados por sus medidas de gobierno en Nápoles despacharon emisarios a Madrid para exponer sus quejas al rey y al Consejo de Italia, que estaba presidido por el conde Lemos, enemigo declarado de Osuna. Todo el mundo

quiere hacer ahora leña del árbol caído, y la nobleza de Nápoles, díscola y rebelde, remite continuamente cargos contra el virrey que terminan en manos del Rey.

En esta situación, Quevedo volvió a recabar las ayudas de personajes influyentes, utilizando el señuelo del oro. Como comenta un contemporáneo: «Téllez Girón estaba lleno de enemigos y envidiosos, y los ministros que le favorecían hacíanlo por interés». Se conserva – y cita Astrana Marín– una carta del marqués de la Laguna dando cuenta de que recibió una cadena, una medalla y dos piezas de gorguerán, pero ya nada es lo mismo que antaño. Se ventean cambios políticos en la Corte. El duque de Uceda está a punto de relevar a su padre, el duque de Lerma, en el valimiento real, y los antiguos protectores de Osuna esconden las cabezas. Uceda, molesto porque Quevedo le recuerda favores pasados, envía una carta a Osuna en la que pide sacar con brevedad al escritor de “los negocios.”

El virrey de Nápoles percibe la amenaza de la advertencia, y deja caer a Quevedo. Lo sustituye en el cometido por su camarero Luis de Córdoba. Éste se presenta en Madrid y le dice a Uceda, de parte de su señor el duque, que «de ningunos negocios del reino don Francisco de Quevedo no había de saber nada».

Molesto y extrañado por la conducta de Osuna, el escritor vuelve a Nápoles y se entrevista con el duque, que le recibe “con gran solemnidad y aplauso”. Debió de ser una conversación áspera y con reproches por ambas partes. Osuna presiente que sus asuntos en Madrid se han torcido definitivamente y su buena fortuna está a punto de abandonarle. Quevedo, gastado como agente y desengañado, decide regresar a España para dedicarse a las letras, libre ya de ataduras políticas y encargos secretos. Durante dos años, que seguramente pasa borrando pistas de sus manejos clandestinos, su rastro se difumina, aunque sabemos que estuvo en Lisboa en el verano de 1619, donde Felipe III había reunido Cortes para jurar a su hijo, el futuro Felipe IV,

como heredero.

A principios de 1620, el embajador veneciano en Madrid redobla sus quejas por la actividad corsaria de los uscoques en la costa dálmata, respaldada por Osuna. Pocos meses después, las protestas venecianas dan fruto. El duque es relevado de su puesto de virrey, y se le ordena presentarse en la Corte para defenderse de los cargos que se le imputan. Osuna entrega el mando al cardenal Borja, designado virrey interino, y después de solicitar una breve demora para solventar asuntos personales pendientes zarpa para España, aclamado en el muelle por el pueblo en masa.

Cuando el Duque llega a Madrid rechaza ante el Consejo de Estado las acusaciones de sus adversarios, y solicita regresar a Nápoles, de cuyo mando piensa que se le ha despojado sin causa ni razón. Pero sus enemigos entre la nobleza son ya muy poderosos, y es detenido en abril de 1621, pocos días después de que muriese Felipe III y Felipe IV ascendiera al trono. Las naves de Nápoles, adquiridas con su propio dinero, pasaron a formar parte de la Armada Real. Una escuadra compuesta de veinte galeones, veinte galeras y treinta buques menores, que no le habían costado nada a la Corona.

El arresto del duque se produjo el día de Miércoles Santo de 1621, cuando entraba en su casa. Lo llevaron a la posesión de la Alameda, cercana a Madrid, con guardia de vista. Enfermo de gota, el 6 de agosto lo recluyeron en una quinta en Carabanchel Bajo, y más tarde, agravada la enfermedad, lo cambiaron a otra quinta del Condestable de Castilla, en Vallecas. El último traslado, a casa de Gilemón de la Mota, del Consejo Supremo de Castilla, se hizo de noche. El preso iba en una cama transportada a hombros, dándole aire con un abanico de plumas porque se asfixiaba, y murió entre graves dolores el 24 de septiembre de 1624. Quevedo le dedicó uno de los sonetos elegíacos más redondos y sentidos de la lírica hispana:

*Memoria soy del más glorioso pecho
que España en su defensa vio triunfante;
en mí podrás, amigo caminante,
un rato descansar del largo trecho.*

*Lágrimas de soldados han deshecho
en mí las resistencias de diamante;
yo cierro al que el ocaso y el levante
a su victoria dio círculo estrecho.*

...

Apenas dos semanas después del arresto de Osuna, es desterrado de la Corte el duque de Uceda. Y al poco, se decreta su detención, primero en Torrejón de Velasco, en estrecha prisión, y luego en Arévalo. La acusación es haber protegido a Osuna, “contra el servicio del Rey”, a cambio de presentes y grandes sumas de dinero del patrimonio real.

La detención y proceso del duque de Osuna salpican a Quevedo, que sufre destierro en su heredad de la Torre de Juan Abad. Luego es encarcelado en Uclés durante un corto periodo, y confinado nuevamente en la Torre de Juan Abad, donde sigue escribiendo, ya desengañado de los avatares del mundo.

Al morir el duque de Osuna, Quevedo obtiene la gracia de Felipe IV y de su valido el Conde-Duque de Olivares, lo que le permite volver a la Corte, pero su actividad política prácticamente cesa, aunque eso no impide que se recrudezcan los ataques de los enemigos y envidiosos, que denuncian algunas de sus obras a la Inquisición.

Compromisos económicos y otros intereses poco claros en los que interviene el duque de Medinaceli le llevan a casarse en 1634 con Esperanza de Aragón, señora de Cetina, que era viuda desde hacía veinte años y tenía varios hijos, pero el matrimonio

fracasó y los esposos dejaron pronto de vivir juntos. Ella moriría en 1641.

Un año después de esa boda se publica en Valencia el libelo ***El Tribunal de la justa venganza***, feroz ataque contra la persona y los escritos de Quevedo, a quien se califica nada menos que de «maestro de errores, doctor en desvergüenzas, licenciado en bufonerías, bachiller en suciedades, catedrático de vicios y protodiablo entre los hombres».

La dureza de sus burlas le ha granjeado numerosos enemigos, entre ellos el poderoso Conde-Duque de Olivares, de quien tanto había esperado al principio el escritor y al que incluso había dedicado algún libro.

A partir de 1637, la vida de Quevedo discurre entre la Torre de Juan Abad y Madrid, entregado casi por completo a escribir, pero su amargura y frustración son patentes ante el sombrío panorama político que le rodea. En diciembre de 1639 aparece un memorial anónimo en verso bajo la servilleta del rey, enumerando las desgracias que afligen a España :

*A cien reyes juntos nunca ha tributado
España las sumas que a vuestro reinado.*

*Y el pueblo doliente llega a recelar
No le echen gabela sobre el respirar...*

...

El Conde-Duque de Olivares no duda de que el autor de los punzantes versos es Quevedo, aunque es probable que no fueran obra suya, y ordena que le arresten. Al escritor lo sacan a las once de la noche de la casa del duque de Medinaceli, donde estaba alojado, «sin abrigo y apenas vestido, con un frío riguroso.»¹⁰, y lo encierran en la prisión de San Marcos de León, hasta al caída del Conde-Duque. «Estuve preso cuatro años – escribiré -, dos

como fiera, cerrado solo en un aposento, sin comercio humano, donde muriera de hambre y desnudez si la caridad y grandeza del duque de Medinaceli, mi señor, no me fuera seguro y largo patrimonio ...»

La prisión de Quevedo coincide con la deportación del duque de Medinaceli a sus dominios de Andalucía, y las razones del ensañamiento del Conde-Duque de Olivares con el escritor no están claras, y parecen responder más a motivaciones políticas.

La teoría de Gregorio Marañón y del duque de Maura es que la cárcel del poeta obedeció a su relación con los adversarios extranjeros de Olivares, que querían reemplazar, con ayuda de algunos grandes de España, el valimiento unipersonal del Conde-Duque por otro de carácter oligárquico. Tanto el cardenal francés Richelieu, dueño de los destinos de Francia en ese momento, como el Papa de Roma, veían con buenos ojos la empresa, y la intervención personal de Felipe IV y la dureza con que se trató a Quevedo señalan que el asunto era muy grave. Quevedo fue acusado, incluso, de estar en contacto con el espionaje francés para alcanzar el derrocamiento de Olivares, un dato que queda recogido por el gacetillero Pellicer:

«El vulgo habla con variedad de la prisión de Quevedo; unos dicen que era porque escribía sátiras contra la monarquía; otros porque hablaba mal del gobierno y otros aseguraban que adolecía del propio mal del señor Nuncio y que entraba cierto francés, criado del señor cardenal Richelieu, con gran frecuencia en su casa.»

Cuando Quevedo sale de San Marcos, en 1644, es un hombre cansado, avejentado y enfermo. «Estos años – dice Pellicer- quebrantaron su salud física, aunque aumentaron su lucidez sobre las escasas posibilidades de la política imperial y acrecentaron su pesimismo político-social.»

El rey no quiso recibirle al dejar la prisión, y tras una breve estancia en Madrid, Quevedo marcha a la Torre de Juan Abad, donde soporta un terrible invierno, desfallecido de dolores. «Yo, señor, - escribe a su amigo Sancho de Sandoval- , con la variedad del tiempo de esta tierra y unos vientos solanos que corren, estoy totalmente rendido, sin fuerzas, y reducido a solos los huesos de la piel, que no sé en qué se detiene esta vida ...» A principios de 1645 se traslada a Villanueva de los Infantes, en Ciudad Real, y allí fallece agobiado de dolencias y desengaños el 8 de septiembre, siendo enterrado en la iglesia parroquial. La causa inmediata de la muerte es una enfermedad del pecho cogida en prisión.

Con su cadáver bajaron a la tumba secretos, quizá perdidos para siempre, cuya revelación podría arrojar mucha luz sobre el declinar del poder español en Italia. Pero ese es el destino de los buenos espías: conocer lo que los demás ignoran y llevárselo al más allá en silencio.

Francisco de Quevedo y Villegas



